

Ya para siempre hemos conocido un amor hacia ti;
pero nunca lo hemos llamado con un nombre.
Cuando se nos llamó, salimos callando,
no en los labios, sino en el corazón la palabra: Alemania (4).

DR. PAUL ANGERSTEIN.
(Concluirá).

Antoine Bourdelle

DEBE de haber quedado magnífico Emile-Antoine Bourdelle después que la otra gran escultora—la que recoge nuestra última *pose*—dibujó en su rostro y en las sábanas del lecho aquellos largos y hondos pliegues que tanto amaba trazar la mano atormentada del escultor francés: más recia aún que en vida la ovalada cabeza; más amplia y quebrada en facetas la frente generosa; más grávida la severa nariz; más profundas las cuencas de los ojos; más apostólica la barba de peregrino, y de un extremo al otro de la rígida figura horizontal, los surcos del sudario, definitivos como los del ropaje con que él vistió a la madona gótica.

Era una gloria de la Francia; sostenía en sus hombros de atleta el gran renombre de la escultura francesa; lo sostenía casi solo, desde que Rodin, el maestro de épocas pretéritas y el amigo, había desaparecido. Se le admiraba en Francia y fuera de Francia; obras suyas pasaron al patrimonio de pueblos extranjeros; discípulos suyos, de todas las hablas, contaron el arrebató de su palabra apasionada y la maestría del toque de su cincel; también hubo entre ellos chilenos, estu-

(4) *Immer schon haben wir eine Liebe zu dir gekannt,
Bloss wir haben sie nie mit einem Namen genannt.
Als man uns rief, da zogen wir schweigend fort,
auf den Lippen nicht, aber im Herzen das Wort:
Deutschland!*

BIBLIOGRAFIA:

Adolf Bartels, *Die Jüngsten*;
Werner Mahrholz, *Deutsche Dichtung der Gegenwart*;
Hans Naumann, *Die deutsche Dichtung der Gegenwart*;
Wolfgang Stammer, *Deutsche Literatur vom Naturalismus bis zur Gegenwart*.
Además los artículos correspondientes de la *Zeitschrift für Deutschkunde*.



Bourdelle. Busto de Enriqueta Petit.



Bourdelle. Busto de Enriqueta Petit.

diantes de ambos sexos que en las salas de la Grande Chaumière y después en su propio taller particular, merecieron su estímulo y su interés, y queda además en la producción de Bourdelle—maravilla entre otras maravillas—el busto de una chilena, cuya terminación, suspendida y prolongada varios años, constituía una verdadera ansiedad espiritual del escultor.

Yo me tomaré durante este año las largas jornadas, los días que sean necesarios—dice en carta a la hija de Bergson que autógrafa tengo a la vista—, y realizaré esta obra delicada y más que difícil.

Justo es entonces que también en Chile resuene una palabra de simpatía junto a la tumba recién cerrada del genial escultor.

* * *

La tierra de la vieja Europa está así, como saturada de polen artístico, y un día a su contacto un adolescente pastor italiano dibuja los corderos que lleva por el campo y muere dejando en los muros de grandes monumentos las estupendas agrupaciones del Giotto, y siglos más tarde, un hijo de campesinos franceses, pastor también en sus primeros años, modela con la greda de los caminos figuras que sorprende al pasar, y deja al morir una obra gigantesca, consagrada en todos los pueblos cultos de la época.

El arte no es sólo una larga paciencia; triunfan los llamados a él y los que al servicio del llamado pusieron la larga paciencia. La vida de Bourdelle fué una jornada de ininterrumpida labor; ininterrumpida, mas no repetida; en todo temperamento de artista bulle un agente de inquietud, y así en la numerosa producción de Bourdelle se suceden a las influencias clásicas francesas los períodos de influencias arqueológicas, los de origen griego dinamizado en ritmo moderno por Rodin, los de tendencia medioeval y gótica, que predominó en él hasta el fin de su vida. En Bourdelle revivían esas grandes épocas de la historia del arte sin empañar su profunda y compleja originalidad personal; está en sus obras el concepto de grandes masas de los asirios y los egipcios, el amor de los planos superficiales que exaltó a los griegos y el de sus atrevidas agrupaciones, y está la estilización deformadora y ojival de la mística Edad Media.

Su arte tiene como rasgo esencial y primario el atributo de monumental: su escultura tendía al concepto clásico de toda escultura, a servir de complemento a la arquitectura. Y si

bien se mira, la carencia del detalle en la obra de Bourdelle, el equilibrio de la composición en grandes líneas sintéticas, la valorización de grandes volúmenes por otros grandes volúmenes, entremezclando por medio de sus líneas y fundiendo en una unidad superior los distintos seres u objetos que integraban cada composición; la preferencia dada al trabajo del relieve entre los que era llamado a ejecutar; todo dió a sus creaciones un sello o un destino de arquitectura. Y él lo decía:

debo hablaros de la escultura, de ese arte preciso y admirable que es una arquitectura de las formas humanas, una arquitectura de las formas de la fauna, de las formas de la flora, una arquitectura también de las nubes del cielo, y a más una arquitectura, por los rasgos humanos, de todas las pasiones del corazón y de todos los ímpetus del alma.

Quien eso dijo, dijo su canon y su clave. No puede encontrarse en ninguna de las grandes producciones de Bourdelle detalle que esté tratado con complacencia del detalle mismo o del sector de la obra a que el detalle pertenece; cada toque está subordinado a un valor relativo con cada parte de la composición, y sólo vale como elemento del total; a cada toque preside el concepto arquitectural del escultor.

Arquitectura de las pasiones humanas, arquitectura del sentimiento, arquitectura del sentido de toda vida individual: allí está Mickiewicz, arrastrado por el fervor patriótico de un movimiento de avance que se marca en el cuerpo, en el bastón, en el manto surcado hacia atrás por grandes pliegues diagonales; allí está el Centauro Moribundo, todavía en pie, pero traído por el dolor hacia la tierra, un dolor humano en la mitad humana, un desplomarse mecánico de masa en la parte inferior de la bestia; allí está la Virgen Madre alzando al niño sobre el hombro; los brazos abiertos del niño le anticipan la forma de la cruz, mientras los ojos de ella se apartan penosamente hacia la tierra.

* * *

El era un apasionado; apasionadas y rudas como sus esculturas eran su expresión verbal y su expresión escrita; rudeza que fué sólo aparente y derivada de brevedad, pues sus conceptos vertían impregnados de poesía. Si a los alumnos los subyugaba, a los oyentes de conferencias, que no eran alumnos, los subyugaba también, y es una joya literaria, aún leída, una conferencia suya, aquélla en que habló de Rodin a los artistas de Praga y en que invocó su ayuda para impedir la ruina de las soberbias catedrales francesas.

Quedan de él páginas literarias; quedan celebradas ilustraciones de libros; quedan dibujos y acuarelas; su actividad estética alcanzaba con perfecto dominio a los géneros más diferentes.

* * *

No podríamos cerrar estas líneas sin referirnos una vez más al busto de chilena a que al principio nos referimos y que aquí se reproduce.

Es una antorcha estremecida de vibración espiritual aquella cabeza de Enriqueta Petit; solloza en sus ojos una angustia oprimida, un fino dolor de humanidad; el cabello le hace de estupenda diadema; cabeza de Gorgona, diadema de serpientes entrecruzadas veía en esas trenzas Bourdelle.

Fué hija predilecta del escultor esa obra; conoció al modelo en los bancos de sus discípulos en uno de los viajes a Europa de Enriqueta Petit; inició el busto en ese período; vuelta ella a Chile, quedó inconclusa la obra y se inició una correspondencia frecuente en que el maestro la instaba a volver a París, no sólo para terminar el busto, sino también para que ella se consagrara a la vocación pictórica para la cual estaba ricamente dotada. Enriqueta Petit volvió a Europa; su hogar, compartido con Luis Vargas Rozas, se hizo doblemente hogar artístico, y Bourdelle ha cerrado los ojos viendo inmortalizada aquella cabeza que tanto le sugería.—ALFONSO BULNES.

Poesía de los ángeles

DESDE la armoniosa promesa de *Marinero en tierra* las alas de los ángeles habían dado un ritmo ingrávito a la poesía de Rafael Alberti, que en cada libro recibe una decantación que lo acerca a una más pura y perfecta sencillez. En *Cal y Canto*, poesía arquitectónica, admiramos la gracia estilizada de *Araceli* y el amaneramiento de una paráfrasis incompleta de las *Soledades* de don Luis de Góngora. El gran poeta cordobés, tan castigado en vida por el celo de sus contemporáneos, encuentra en ocasión de su tercer centenario la más amplia rehabilitación estética. Toda una generación ahogada por los tópicos del novecientos busca otra vez en la senda gongorina el camino de la liberación.

Un claro pensador señala el peligro. Los más avisados del